

# REVISTA PENÉLOPE EVOLUCIÓN HISTÓRICA Y LITERARIA DESDE LA ANTIGÜEDAD



PENÉLOPE

**Depósito Legal:** J 696-2013

Editada en Jaén (España) por **Encarnación Sánchez Arenas**

**ISSN:** 2341-0086

# Revista Penélope

Miembros del consejo de redacción:

- YOLANDACABALLERO ACEITUNO
- MANUEL GAHETE JURADO
- JUAN RAEZ PADILLA
- CLAUDIA SÁNCHEZ PÉREZ
- AKRAM JAWAD THANOON
- GENARA PULIDO TIRADO
- RACHIDA GHARRAFI
- JOSÉ SARRIÁ CUEVAS
- AMIRA DEBBABI
- BOUCHRAIL ECHCHAOUI
- ISABEL OLIVER GONZÁLEZ
- DIRECTORA: ENCARNACIÓN SÁNCHEZ ARENAS

**11ª Edición:** diciembre del 2023

**Enlace a la página Web:** <http://www.revistapenelope.com>

**Email:** [encarnacion.sanchez.arenas@gmail.com](mailto:encarnacion.sanchez.arenas@gmail.com)

**Teléfono de contacto:** 617 91 87 97

***Relatos de la Guerra Civil***

***de***

***Leon Cohen Mesonero***

# Historias de la Guerra Civil

## 3.- El fisonomista

Dedicado al capitán D. Juan Requena y a mi padre

La de ser fisonomista es una capacidad o cualidad poco apreciada en nuestra sociedad utilitaria. Sólo en casos contados la policía recurre a estos especialistas del rostro y del gesto para identificar a personas sospechosas de haber cometido actos delictivos. Sin embargo, aunque lo que nuestro entorno entiende por utilidad sea siempre convertible en valores monetarios o en productos intercambiables, la historia que voy a relatar dará fe de que en ocasiones, ser buen fisonomista puede determinar el futuro de una persona, incluso, como en el caso que nos ocupa, salvándole la vida.

Aquella tibia mañana de 1937, J. se había levantado más temprano que de costumbre, en realidad tenía poco que hacer aquel día, estaba de descanso en el turno del taxi. Pero ilusionado con estrenar su nueva camisa color burdeos, aquel joven, muy joven, de apenas diecinueve años, era muy coqueto, se sabía apuesto y quería lucirse un poco o mucho por su pueblo. No corrían precisamente buenos tiempos, su pueblo a pesar de pertenecer al Protectorado Español en Marruecos, también sufría las terribles consecuencias de la guerra civil. Es más, fue en Larache donde estalló el movimiento (¡Qué atentado contra el idioma!) una noche oscura del diecisiete de Julio de 1936.

J. ni siquiera desayunó aquella mañana, se vistió con delicadeza, pero con impaciencia, se miró varias veces al espejo, ajustándose el pelo negro y ondulado en cada una de ellas, finalmente salió de casa sin decir adiós y sin cerrar la puerta. Bajó las escaleras a toda leche. Una vez en la calle, se dirigió con paso seguro a la Calle Chinguiti que se hallaba a trescientos metros de su casa, distancia que nunca llegaría a cubrir. Para su desgracia, en el camino se encontraba la comandancia del Alto Comisariado español. A medida que se acercaba a la reja vigilada por la guardia civil, J. presentía que aquellos guardias habían notado su presencia y que algo iba a ocurrir. Tuvo que esperar muy poco para confirmar sus temores. Uno de los guardias le abordó increpándole:

“Oye niño, ¿adónde te crees que vas con esa camisa roja, acaso tú también eres comunista?”  
“. J. mostró su asombro, se quedó mudo, no sabía que contestar. “Acompáñame” le dijo el guardia. Entraron en la comandancia, J. estaba confuso, atolondrado, otros guardias le hicieron preguntas parecidas, algunas con sorna y siempre refiriéndose a su camisa. J. no fue nunca capaz de recordar exactamente lo sucedido inmediatamente después. Únicamente recordaría, cómo

aproximadamente una hora más tarde de salir de su casa se hallaba entre rejas en la cárcel, sin comerlo ni beberlo, como diría él mismo. Estaría tres meses internado. Durante ese tiempo, permaneció varios días en una diminuta celda de aislamiento donde apenas disponía de espacio para moverse y presencié los fusilamientos de muchos de sus compañeros de presidio, incluso le obligaron a enterrar sus cuerpos en una fosa común. El pobre J. se sentía ajeno a aquel conflicto y a aquella situación. Él sólo era un pobre chofer de taxi que por una circunstancia desgraciada y absurda se hallaba donde no tenía por qué estar.

Habían pasado tres meses cuando una mañana, el nuevo jefe de la prisión que pasaba revista a las celdas, se detuvo al llegar a la celda de J.. Éste pudo comprobar que aquel hombre llevaba muletas y que vestía de militar. Ante su sorpresa y extrañeza, aquel oficial pareció reconocerle, a pesar de que J. llevaba varios días sin afeitarse. Le increpó: niño, ¿qué haces tú aquí? Luego se dirigió al guardia que le acompañaba y le dijo: quiero verle en mi despacho dentro de media hora.

Sentado en el despacho del capitán, J. estaba entre sorprendido y confuso, ignoraba por qué aquel hombre lo conocía, pues él por su parte jamás lo había visto. La reunión fue más bien larga, el desconocido vestido de militar ofreció a J. cigarrillos en varias ocasiones. La pregunta era siempre la misma: muchacho, trata de recordar donde nos vimos, venga hombre, esfuérzate un poco. J. ponía toda su voluntad en el intento, pero nada, no era capaz de recordar nada. Al cabo de un par de horas, el capitán intentó refrescarle la memoria: - era una tarde oscura y lluviosa cerca de Alcazarquivir, había un Ford pinchado cerca del puente... entonces, J. empezó a ver la luz: - sí, sí, recuerdo el coche, unos militares, de regulares creo, paré y me pidieron prestada la rueda de repuesto, llovía desesperadamente, apenas si se distinguía la carretera, les cambié la rueda, sí, sí, ahora me acuerdo.

- Por fin, exclamó con cierto alivio el militar, sabía que eras tú, pero necesitaba una confirmación por tu parte. Ahora puedes marcharte a casa, y espero no volver a verte por aquí, le dijo.

Pasada la guerra civil, a principios de los años cuarenta, mientras J. contemplaba un escaparate en una calle de Tetuán, una mano amiga se posó en su hombro, era la misma persona, ahora comandante, J. se alegró de volver a verlo. A partir de ese encuentro, varias veces, el joven J. fue invitado a comer en casa del comandante. Su esposa también le trató con cariño. Según J. aquel matrimonio sin hijos, lo trató siempre como el hijo que no tenían.

Aquél militar, que demostró ser un gran fisonomista además de un gran tipo según la apreciación del propio J., se llamaba Requena (J. sólo recordaba aquel apellido). Sesenta y cuatro años después de aquel suceso, llegó por casualidad a mis manos la crónica de un testigo escrito en 1938 y titulada “La Epopeya de África”. Este libro, aunque panfletario, tiene el valor del testimonio y el de aportar una serie de datos y fotos de gran interés. Entre los datos, aparecen las listas de muertos y heridos del Grupo de Fuerzas Regulares Indígenas de Larache número 4, en la lista de heridos figura el capitán D. Juan Requena Abadía.

25/07/2001